

Sección internacional

HUNGRÍA

De las czardas a la exportación de equipo

Hungría es un país socialista que ha realizado con éxito una reforma económica que, por un lado, originó grandes diferencias respecto del sistema de planificación central imperante en las naciones del bloque socialista y, por otro, parece

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

haber contribuido decisivamente a su prosperidad interna y al éxito de su penetración en los mercados mundiales. La prensa especializada se ha ocupado con profusión de este proceso, pero no siempre ha resaltado los aspectos que constituyen la esencia del nuevo sistema, o bien ha presentado interpretaciones excesivamente apresuradas sobre el grado de ruptura que implica el nuevo modo de dirigir la economía húngara respecto de la planificación centralizada. A su vez, la experiencia húngara puede constituir un caso digno de estudio para otros países que también afrontan el desafío de la nueva división internacional del trabajo. La peculiaridad de la adaptación de Hungría a esa nueva división internacional del trabajo deriva tanto de su pertenencia al CAME como de su condición de país socialista.

Ambas circunstancias determinaron que la integración al mercado mundial se hiciera en medio de conflictos y contradicciones que hasta el momento eran prácticamente desconocidos.

Antecedentes históricos

Los húngaros se establecieron en la región de los Cárpatos a fines del siglo IX. Desde entonces, en su historia abundan las invasiones y los grandes conflictos que a menudo conmocionaron a la sociedad entera.

En los tiempos modernos, el desarrollo industrial, marítimo y comercial que siguió al descubrimiento y la conquista de Améri-

ca tuvo consecuencias profundas pero de distinto tipo en el continente europeo.

El comercio con el Nuevo Mundo, al trasladar el eje del intercambio al Atlántico y al Mar del Norte, empobreció a Europa Central y Oriental. Así, mientras que Europa Occidental inició la industrialización y el desarrollo capitalista, en Europa Oriental se acentuó el predominio de la agricultura y se robusteció el feudalismo, agravando aún más la servidumbre de los campesinos. La situación desembocó en una sublevación campesina de gran magnitud (1514), organizada en medio de una cruzada contra los turcos, que finalmente fue derrotada por los señores feudales y la monarquía.

Los frecuentes hostigamientos de los turcos culminaron con la invasión de Hungría. Aunque no ocuparon inmediatamente el país, vencieron al ejército, mataron al rey (Luis II) y destruyeron la unidad territorial y la independencia húngaras, que no podrían reconstituirse por siglos.

La muerte del Rey en la batalla contra los turcos permitió que los Habsburgo, ligados por matrimonios y tratados de sucesión con la monarquía húngara, reclamaran la descendencia del trono. Una parte de los nobles se opuso a ese intento y buscó apoyo en los turcos. Sin embargo, Fernando de Habsburgo ocupó el país, se apoderó del trono de Hungría y ésta se convirtió en campo de batalla de las rivalidades imperiales de austríacos y otomanos. En efecto, los turcos invadieron de nuevo en 1541 y se apoderaron de una parte del territorio húngaro que, de esa manera, quedó dividido. Empero, las dos potencias rivales llegaron a un acuerdo con respecto al reparto de Hungría. En la parte oriental del territorio se estableció el principado independiente de Transilvania, que quedó bajo la dominación otomana. Sin embargo, como el imperio turco ya estaba en declinación, en 1699 Hungría quedó prácticamente libre de él; en cambio, se extendió y reforzó el dominio de los Habsburgo, que en esa época estaban en el cenit de su poderío.

En el siglo XVIII se debilitó la posición del imperio austríaco y Hungría pudo adquirir un mayor grado de autonomía. Prosperaron las ideas reformistas y el despotismo ilustrado, y surgió —juntamente con el período de ascenso de la revolución francesa— un movimiento jacobino finalmente reprimido. En el siglo siguiente, al

calor de la agitación burguesa de 1830, se impulsó la modernización capitalista del país, fomentada por un movimiento reformista que alentó el proteccionismo industrial.

La nueva oleada revolucionaria de 1848 se expresó en Hungría en un movimiento independentista dirigido por el máximo poeta nacional, Sándor Petöfi. Dicho movimiento promovió las reformas burguesas (monarquía constitucional responsable ante un Parlamento elegido por sufragio restringido, abolición del vasallaje y desarrollo industrial) y declaró la independencia nacional en 1849. La respuesta contrarrevolucionaria de la monarquía austrohúngara, que contó con el apoyo del Zar de Rusia, fue inmediata. Las tropas rusas y las fuerzas imperiales derrotaron ese mismo año al movimiento independentista; sin embargo, después de un período de terror, tuvieron que aceptar el mantenimiento de algunas medidas tomadas en el período revolucionario, circunstancia a la que contribuyó la implantación de algunas reformas democrático-burguesas en la propia Austria. Diez años después (1859) el imperio austríaco fue derrotado por las fuerzas italianas del *Risorgimento*, apoyadas por Francia. La monarquía se debilitó y se vio obligada a contraer un compromiso con la clase terrateniente húngara, que incluyó la promesa de ésta de no separarse del imperio.

En los tres últimos decenios del siglo pasado siguió desenvolviéndose la industria y sobrevino el crecimiento de la clase obrera, que dio lugar, en 1890, a la formación del Partido Socialdemócrata. La primera guerra mundial intensificó los conflictos internos y a su término, en octubre de 1918, se derrumbó el imperio austrohúngaro y en Hungría estalló una revolución burguesa que tomó medidas de profundo alcance democrático, incluida una reforma agraria.

La revolución burguesa se inició en el marco de un vasto movimiento de masas que culminó, en el mismo año, con la formación de los Consejos Obreros de Budapest. El ascenso de las luchas obreras y la protesta generalizada contra la guerra alcanzó también al ejército, que adoptó una posición favorable a los reclamos populares mediante la llamada "revolución de los crisantemos". Estos acontecimientos forzaron a proclamar la república y la independencia; empero, el Gobierno —así como la dirección socialdemócrata— se opuso a los Consejos. A fines de 1918 se

creó el Partido Comunista que, en cambio, los apoyó. La agitación revolucionaria iba en ascenso y el Gobierno se vio en la obligación de aprobar nuevas reformas. Pese a ello, los Consejos empezaron a tomar el poder en algunas ciudades del país. En 1919, el gobierno renunció y cedió el poder a los socialdemócratas, que optaron por aliarse con los comunistas; ambos partidos se unificaron bajo el nombre de Partido Socialista de Hungría. La renuncia del gobierno surgido de la revolución burguesa se había producido, entre otras cosas, por la exigencia de la Entente de ocupar territorios pertenecientes a Hungría, episodio que precipitó el paso rápido y pacífico de la república burguesa a la revolución socialista y a la República de los Consejos. La Entente reaccionó con la intervención armada, en la que participaron directamente Francia, Rumania, Serbia, Checoslovaquia e Italia, al tiempo que en el interior del país se empezaron a crear organismos contrarrevolucionarios. Éstos contaron con escaso apoyo inicial, pero en poco tiempo lograron una base social de sustentación debido a las penurias de la guerra, los inconvenientes con la economía y la resistencia de algunos sectores a los cambios revolucionarios.

Esas dificultades también provocaron deserciones en la mayor parte del partido socialdemócrata, creando una división en el partido unificado y el gobierno. Pese a ello, la República de los Consejos siguió adelante, por lo que la Entente lanzó una nueva y más profunda intervención. Cuando sus ejércitos estaban próximos a Budapest, los Consejos renunciaron y el poder pasó a los socialdemócratas de derecha. Cuando días más tarde Budapest cayó en manos del ejército enemigo, la extrema derecha dio un golpe de estado contra la socialdemocracia y tomó el poder. Un régimen fascista encabezado por Miklós Horthy, que duró hasta el fin de la segunda guerra mundial, aceptó ceder dos tercios del territorio húngaro y desencadenó una gran represión.

Empero, pronto surgió una resistencia interna, y los partidos comunista y socialdemócrata, que se habían separado durante el gobierno de los Consejos, volvieron a actuar en forma conjunta durante el largo período de clandestinidad, sobre todo durante la gran depresión de los años treinta. Por su parte, el gobierno se volcó al nazismo e intervino en la guerra en alianza con los alemanes. Cuando el fin del nazismo se aproximaba y crecía la resistencia inter-

na, Hitler decidió invadir Hungría (marzo de 1944).¹

En 1945 Hungría fue liberada de los nazis por el ejército soviético, que instaló algunas divisiones en el país. En los territorios liberados pronto se constituyó el Gobierno Provisional integrado por los partidos Comunista, Socialdemócrata, Independiente de los Pequeños Propietarios y Campesino Nacional. Al término de la guerra, dicho gobierno se extendió al resto del país. Durante su primera etapa, que duró de 1946 a 1949, los partidos comunista y socialdemócrata actuaron unidos bajo la denominación de Partido de los Trabajadores Húngaros. Se implantó la reforma agraria, se nacionalizaron los grandes bancos y las grandes empresas y se estableció la economía planificada. Sin embargo, bajo la superficie se libró una implacable lucha entre la economía campesina y el colectivismo; entre la pequeña propiedad y la expansión del aparato del Estado, y entre los revolucionarios liberales y el dogmatismo, fomentado en los viejos comunistas por el exilio y el estalinismo.

En 1949 el Partido Comunista monopolizó el poder bajo un régimen estalinista que violó los derechos humanos y los principios constitucionales en forma grave y sistemática. El régimen persiguió también a numerosos dirigentes comunistas, acusándolos de los más increíbles delitos. Sin embargo, en el seno del partido empezaron a aparecer diferencias políticas muy marcadas entre un sector más liberal y nacionalista y otro más volcado a la ortodoxia estalinista y a la estricta disciplina dentro del bloque soviético. La represión y las graves tensiones sociales y políticas conducirían más tarde al movimiento de 1956. Entretanto, el país cambiaba rápidamente su fisonomía mediante el desarrollo intensivo y acelerado de la industria pesada.

De octubre de 1956 al éxito económico

El movimiento social y político húngaro de 1956, a diferencia del polaco de ese mismo año, se encaminó hacia un choque mucho más frontal con el poder constituido. Por ello, mientras que el movimiento polaco fue encauzado por Wladislaw Gomulka, el húngaro culminó con la intervención soviética y la ejecución de

Imre Nagy. En efecto, la rigidez política hizo que Hungría, bajo el régimen estalinista y despótico de Matías Rakosi, secretario general del Partido Comunista, no se adaptara a los cambios de métodos auspiciados por el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, celebrado en 1956. Como se sabe, este congreso tuvo una enorme repercusión e inició el periodo de desestalinización. El partido húngaro tuvo una gran oportunidad para captar apoyo popular en favor de una política más liberal e independiente, pero sus autoridades se mostraron especialmente dogmáticas, arbitrarias e inflexibles.

Los disturbios de Poznań, en Polonia, impulsaron a Rakosi a reprimir a los disidentes y reformistas, incluida la fracción comunista de Imre Nagy. Los obreros se resistieron a apoyar estas medidas, adoptadas con el pretexto de un complot de la burguesía para tomar el poder. Los soviéticos, previendo una tormenta, presionaron a Rakosi para que renunciara a la dirección del partido, cargo en el que le sucedió Ernest Gerö, no menos estalinista; empero, hubo cierta compensación al incluir en el Buró Político a Janos Kadar, ex víctima de Rakosi, que expresaba una corriente intermedia entre los "duros" u ortodoxos y Nagy. El programa económico aprobado en esa ocasión insistió en la colectivización y en la prioridad a la industria pesada. Entretanto, los opositores, principalmente los intelectuales, habían encontrado eco para sus cuestionamientos e Imre Nagy empezó a perfilarse como el dirigente de la oposición liberal dentro del partido.

En octubre de 1956 Gomulka triunfó en Polonia contra los estalinistas y, en Hungría, el Círculo Petöfi pasó a la ofensiva, postulando la reconstitución del Frente Popular de la posguerra, la autogestión en las fábricas y el mantenimiento de vínculos firmes con la URSS. Los estudiantes, en cambio, propusieron la evacuación de las tropas soviéticas estacionadas en el país desde 1945, el llamado a elecciones con la presencia de varios partidos y la revisión del sistema económico. Para dar fuerza a su lucha, convocaron a una manifestación de apoyo a Polonia, que se realizó el 23 de octubre y culminó en graves hechos de violencia.

En respuesta, el Comité Central del Partido, al tiempo que nombró a Imre Nagy como primer ministro, llamó a los soviéticos para que restablecieran el orden. En esas condiciones, Nagy trató de dar res-

puesta a los reclamos populares; Gerö fue sustituido por Janos Kadar al frente del partido y se trató de formar un gobierno más representativo. Empero, las protestas se propagaron y llegaron a transformarse en una verdadera insurrección. Se inició la huelga general y el Estado y el partido parecieron a punto de disgregarse. De ahí surgieron los Consejos Obreros, que aceptaron a Nagy, aunque en forma condicionada. Los reclamos de los estudiantes se generalizaron. Como Nagy no podía frenar los acontecimientos, solicitó el apoyo de los partidos políticos no comunistas (el Socialdemócrata y el Campesino), lo cual implicaba el fin del régimen real de partido único y la vuelta a la coalición de 1945. Nagy trató de que los partidos se comprometieran a mantener la economía socialista, lo que aceptaron, pero los voceros de la insurrección, avanzando aún más en sus planteamientos, exigieron la denuncia del Pacto de Varsovia y la neutralidad.

Según revelaría el primer ministro soviético Nikita Jruschov tres años más tarde, en el Kremlin no había acuerdo para actuar. Empero, en Moscú se temía la propagación de los ejemplos húngaro y polaco a otros países del Este. Fueron los dirigentes comunistas de estos países los que más alentaron la intervención. A pesar de su apoyo inicial al "comunismo nacional", los dirigentes chinos fueron de los que más insistieron en la necesidad de intervenir en Hungría desde el momento en que Nagy se mostró dispuesto a cambiar el sistema de partido único por una democracia parlamentaria al estilo occidental.

La manifestación de apoyo a Polonia tuvo lugar el 23 de octubre; el 25 hubo un compromiso con los soviéticos, en el que éstos aceptaron las reformas, pero el 30 Nagy anunció la vuelta a la coalición de 1945. Para ese momento, los que habían sido reclamos susceptibles de ser adoptados por el régimen, se transformaron —por la inflexibilidad inicial del partido, por la irritación que provocó el llamado a las tropas soviéticas, por el ascenso insurreccional y por la acción de los grupos de derecha— en planteos de franco carácter contrarrevolucionario, según admiten algunos disidentes. En medio de esa situación, el ex-jefe del gobierno nazi, Horthy, volvió del exilio y se instaló en Budapest. Los grupos de derecha fomentaron la caza de miembros de la policía secreta, lo que contó con cierto apoyo de la población, pero luego la persecución alcanzó a los militantes del partido y llegó a ser una purga anticomunista en los centros de tra-

1. Véase Zoltán Halász, *Historia de Hungría*, Ed. Corvina, Budapest, 1975, y György Balázs, "Breve historia de Hungría", en *Hungría '80*, anuario, Budapest, 1980.

bajo, que —cosa extraña— se prolongó varios meses después de aplastada la insurrección.

En la mañana del 4 de noviembre Kadar anunció que rompía con Nagy y volvió a llamar a las fuerzas soviéticas, cuyos tanques se habían reagrupado en la madrugada alrededor de Budapest. Inmediatamente Kadar salió hacia Ucrania, donde formó otro gobierno. En respuesta, se declaró la huelga general y se organizó cierta resistencia, centralizada en el Consejo Obrero del Gran Budapest.

Kadar trató de negociar todo, menos la exigencia de neutralidad y de un sistema multipartidario. La oposición se mantuvo intransigente en esos puntos, demostrando pocas señales de perspicacia política y de capacidad negociadora. Ante el fracaso de las tratativas, se desencadenó la represión y se ordenó el encarcelamiento de los dirigentes del Consejo Obrero. Nagy, que se había refugiado en la embajada yugoslava, salió de ella durante las negociaciones; cuando éstas fracasaron fue deportado a Rumania, trasladado más tarde a la URSS y, tiempo después, fusilado.

Lo paradójico es que el gobierno de Kadar y la intervención soviética no restauraron las viejas prácticas; al contrario, dieron inicio a un régimen de paulatinas pero importantes reformas económicas y bastante liberalidad política. De allí nació la Hungría próspera del presente, que bien puede considerarse la muestra más atractiva del Este europeo.²

¿Qué pasó con la economía?

El programa de industrialización en gran escala, acentuado a partir de 1949, se mantuvo hasta fines del decenio de los sesenta; a partir de 1968 se implantó una profunda reforma económica, que cambió drásticamente la fisonomía de un país que veinte años atrás era predominantemente agrario. Las ramas tradicionales fueron renovadas y ampliadas (siderurgia, aluminio, metalmecánica, farmacéutica y textil) y nacieron otras nuevas, más dinámicas (petroquímica, material de transporte, computadoras, material nuclear). La transformación se realizó con pleno empleo y gastos sociales crecientes, lo que se tradujo

en una sustancial mejora del nivel de vida. Al mismo tiempo el régimen, que había quedado prácticamente aislado en 1956, concitó un creciente respaldo popular. Se calcula que 70% de los militantes actuales del partido ingresaron después de 1956.

La crisis mundial de 1974-1975 interrumpió la reforma económica. Los grandes problemas de la crisis, como el cambio en los precios de la energía y las materias primas y los disturbios financieros internacionales, repercutieron en una disminución del ritmo de crecimiento de la economía húngara.

La inflación internacional se trasladó a la economía interna, pero el régimen impidió que ello perjudicara de modo importante a los consumidores, asignando mayores subsidios para impedir el incremento de los precios internos. Como se verá más adelante, esta solución contribuyó a congelar la aplicación de las reformas. Sin embargo, el reordenamiento de la economía no se interrumpió totalmente. Lo que puede considerarse como el gran éxito de Hungría consiste en haber transformado con rapidez la estructura de la producción, para adecuarla a las nuevas condiciones, sin ocasionar, al mismo tiempo, un retroceso en el nivel de vida. Este logro es particularmente importante porque Hungría no cuenta con suficientes materias primas y recursos energéticos, además de que debió realizar considerables importaciones de tecnología. El interés que suscita la economía húngara reside precisamente en este conjunto de circunstancias y soluciones.

Con relación a otros países socialistas, el éxito del programa de reformas en Hungría parece haber consistido en seguir con especial atención la evolución del mercado mundial, para conseguir, en función de los cambios en la división internacional del trabajo, una mayor penetración de sus empresas exportadoras. La dirección de la economía nacional fue ejercida con la flexibilidad suficiente para incorporar tales cambios sin afectar la propiedad estatal de la mayoría de los medios de producción ni el nivel de vida de la población. Así, en 1972 los subsidios para frenar el contagio interno de la inflación importada llegaron a 2 000 millones de dólares. De 1973 a 1978 aumentó el déficit de la balanza comercial con los países capitalistas y la deuda externa ascendió de 1 500 a 7 500 millones de dólares. La prioridad asignada a los proyectos de exportación permitió que dos años más tarde se alcan-

zara un saldo excedentario en el intercambio con los países capitalistas.

En medio de la aplicación de la reforma, los especialistas consideraron que Hungría necesitaría un crecimiento anual de su economía de 6% a fin de sostener la inversión necesaria para realizar la innovación tecnológica, mejorar la calidad de la infraestructura y aumentar la productividad sin afectar el nivel de vida. Sin embargo, a partir de 1978 el ritmo de crecimiento tuvo que ser reducido, tanto por el aumento de los precios de las mercancías importadas (sobre todo materias primas, energéticos y tecnología) como por la gravitación que ello tenía en la balanza de pagos y la deuda externa. Esta desfavorable coyuntura se vio agravada por el más lento crecimiento de la demanda mundial y el mayor proteccionismo, originado parcialmente por la propia recepción internacional.

Para adecuarse a las nuevas condiciones fue preciso reducir el desequilibrio comercial. El menor volumen de importaciones provocó la mencionada baja en el ritmo de crecimiento. Sin embargo, la disminución afectó principalmente a las mercancías que no podían comercializarse en el mercado mundial, al tiempo que se estimuló a las industrias no competitivas para forzarlas a mejorar su eficiencia. Por otro lado, se dio especial apoyo a las industrias que incorporaran innovaciones, que trataran de reducir el suministro de energéticos y de materias primas por unidad de producto o que buscaran nuevos mercados en el exterior.³

La participación de Hungría en el comercio mundial total es de 0.5 a 0.6 por ciento. Sus mayores exportaciones consisten en máquinas, medios de transporte y otros bienes de equipo (27%), productos semiterminados (18%), artículos industriales de consumo (17%) y productos de la industria alimentaria (13%). Si se combinan los productos agropecuarios (incluidos animales en pie) —que representan en conjunto 9% de las exportaciones— con los alimentos elaborados industrialmente, se obtiene una participación de 1.2 a 1.3 por ciento en las exportaciones mundiales totales de esos productos. Se exportan embutidos, pimentón, carne de aves y de res, frutas, vinos, cereales, aceites comestibles, huevos y

2. Véase François Fejtő, *Historia de las democracias populares*, vol. I, "Los acontecimientos", y vol. II, "Estructuras y tendencias", Martínez Roca, Barcelona, 1971.

3. Véase István Gábor Benedek, "Imagen de la economía en los años 1980", en *Hungría '80*, op. cit.

miel, además de conservas de carnes (5% del total mundial en este rubro).

Cerca de la cuarta parte de las importaciones está constituida por productos semiterminados, seguidos por maquinarias (21%), materias primas (16%) y recursos energéticos (13%).⁴

Para tener una idea de la importancia de haber adecuado la economía nacional a las condiciones competitivas del mercado mundial, hay que tener presente que las exportaciones (unos 20 000 millones de dólares) equivalen a alrededor de 40% del producto nacional bruto, porcentaje más elevado que el de Japón. La mayoría de las materias primas y los energéticos provienen del CAME, que también es el mercado más importante de Hungría (55% del intercambio total). El comercio con la URSS abarca 28% del total y recibe de ese país petróleo subsidiado (57 millones de barriles en 1980) por un total aproximado de 1 000 millones de dólares. Como los precios y volúmenes del comercio con el CAME son muy estables, Hungría pudo soportar bien los aumentos de precios. Sin embargo, la URSS ha ido ajustando los precios del crudo, acercándolos a los del mercado mundial.⁵

En 1979 y 1980 la inflación interna llegó a 9 y 10 por ciento, respectivamente, pero sólo se permitió que los salarios crecieran 5.5 y 6 por ciento. Durante el transcurso del presente plan quinquenal los ingresos reales aumentarán 7%, lo que supone algo menos que 1.5% anual. Esta relativa austeridad, destinada a fortalecer la posición competitiva del país, no provocará el mismo efecto en las economías de los asalariados y de la población en general, por la repercusión de lo que ha dado en llamarse la "segunda economía", que se examinará más adelante. Se espera que en 1985 las exportaciones y las importaciones crecerán 39 por ciento.⁶

4. Véanse *Hungría 1981. Datos estadísticos*, Oficina Central de Estadística, Budapest, 1981, y Endre Várkonyi, "La agricultura húngara y el mercado mundial", entrevista con el secretario de Estado Béla Szalai, en *Hungría '80*, op. cit.

5. Véase Lawrence Minard, "The hungarian exception", *Forbes*, Nueva York, 11 de mayo de 1981.

6. Véanse "Ley sobre el IV Plan Quinquenal de la economía nacional (1981-1985)" y "Vida económica. El plan para el año 1981", en *Hungaropress*, Servicio de Información de la Cámara Nacional de Comercio de Hungría, Budapest, núms. 19-20 y 21-22, 1980, y núm. 1, 1981.

En 1981 aumentaron el consumo y la inversión, pero la producción creció menos que lo esperado. De ese modo, el balance comercial dio el resultado favorable proyectado y se detuvo el crecimiento del endeudamiento externo.

El problema energético merece una mención aparte. Hungría importa petróleo, gas natural y carbón. El aumento de los precios mundiales de los energéticos acentuó el esfuerzo por utilizar los recursos de origen nacional. Por ese motivo se incrementó el uso de carbón y se congeló el programa de transición a la combustión de hidrocarburos en las calderas industriales. La producción nacional de carbón tuvo un rápido crecimiento, pero todavía no se ha alcanzado la autosuficiencia. Como el carbón es el recurso energético de mayor abundancia en Hungría, mereció especial atención en la incorporación de nueva tecnología; asimismo, durante la aplicación del VI Plan Quinquenal (1981-1985) no podrá construirse ninguna central eléctrica basada en hidrocarburos.

Hungría también produce petróleo, pero sólo 20% de su consumo. La producción de gas natural es más dinámica, pero —como con el petróleo— la clave para satisfacer la demanda reside en los suministros provenientes de la URSS. El uso del gas se incrementará en el futuro.

La primera central nuclear húngara (Paks) entró en producción hace un año y se construyó con ayuda soviética. La energía de esta fuente, que es parte del programa para lograr un mayor aprovechamiento energético de fuentes nacionales, deberá satisfacer 50% del aumento del consumo previsto en el VI Plan Quinquenal.⁷

La reforma económica. Una visión anecdótica

A 25 años de la explosión de 1956, la prensa occidental reconoce que muchos húngaros no quieren cambiar, en virtud de la seguridad que les brinda el sistema y del aliento creciente a la iniciativa privada. Se suele afirmar que se trata de un socialismo *sui generis*, con "algo" de

7. Véase Péter Buza, "Economía energética, ahorro de energía", en *Hungría '80*, op. cit.

capitalismo. Otros dicen que el capitalismo existe, pero no es dominante. Empero, todos advierten un gran cambio con respecto al pasado. No hay temor ni represión. Hablar sobre cualquier tema no representa ningún problema, pero no se puede escribir con la misma libertad, sobre todo acerca de la URSS o del partido. Se conocen implícitamente las reglas de juego y se ejerce una autocensura selectiva y casi subconsciente.⁸

La base económica del régimen consiste en grandes corporaciones estatales competitivas, pero hay margen para la existencia y operación de las empresas privadas. Las primeras están asociadas a la tecnología y los mercados de empresas capitalistas occidentales, lo cual les permite vender sus productos en el mercado mundial. *The New York Times* llegó a definirlo como un socialismo orientado hacia el mercado, "similar al que el presidente François Mitterrand está tratando de introducir en Francia".⁹ En 1956, frente al caos, se apeló a la ortodoxia, pero un año después se introdujo el principio de la rentabilidad en las empresas estatales. Según *The Financial Times*, el régimen de Kadar se presenta como lo máximo que Hungría se puede permitir en las presentes circunstancias y la única garantía de estabilidad política y nivel de vida "tolerable". Empero, el periódico inglés omite decir que ese nivel de vida es comparable al de Gran Bretaña. La misma fuente indica que, al compulsar opiniones, no faltó quien dijera que Kadar pasaría a la historia como el más grande político húngaro del siglo.¹⁰ El problema es que este hombre se acerca a los 70 años y su sucesión es una incógnita.

El mismo *The Financial Times* dice que 75% de la fuerza de trabajo de 5 millones de personas labora también en la denominada *segunda economía*, que es algo así como una economía privada no reconocida legalmente, pero tolerada. Según esa fuente, participan de la segunda economía 40% de los obreros de la industria y la construcción, 90% de la mano de obra agrícola, 20 a 25 por ciento de los

8. Véase Charles Vanhecke, "La Hongrie, vingt-cinq ans après", serie de cuatro notas en *Le Monde*, París, 10, 11, 12 y 13 de noviembre de 1981.

9. Véase Paul Lewis, "Hungary builds lively economy on West's ideas", *The New York Times*, Nueva York, 3 de diciembre de 1981.

10. Véase Paul Lendvai, "The eastern bloc success story", en *The Financial Times*, Londres y Francfort, 23 de octubre de 1981.

intelectuales y 40% de los pensionistas.¹¹ Se gasta en ella poco menos de 25% del tiempo que se emplea en el sector socializado, y sus productos proveen más de 15% del consumo total.

La existencia de esta economía paralela permite una cierta corrupción, que adopta la forma de pago por servicios que deberían ser gratuitos y sobrepagos con respecto a los precios oficiales, y que fomenta el manejo de propinas de todo tipo. Hay un gran individualismo egoísta, incluso en el partido. La Iglesia católica, subvencionada por el régimen, se preocupa de no canalizar ni alentar la oposición al sistema.

En Hungría no se admite la existencia del desempleo. La mayoría tiene dos trabajos, el oficial y el tolerado; en el primero se trabaja menos horas de las que marca el reglamento (según algunos, sólo cinco de las ocho reglamentarias). Esta situación fomenta los bajos salarios, por la baja productividad en algunas ramas, y hace que, en general, las remuneraciones sean poco flexibles en relación con la productividad, aunque existen diferencias salariales de cierta importancia. A principios de 1981, el promedio del salario industrial era de 60 000 forintos (2 000 dólares) anuales, pero en este ingreso no se computan los considerables servicios sociales ni los beneficios extraordinarios. Por ejemplo, el retiro se produce a los 60 años para los hombres y a los 55 para las mujeres, y la medicina y los estudios son gratuitos.¹² Además, el tipo de cambio para efectuar dicha conversión es discutible. Según algunas estimaciones, las horas de trabajo empleadas en la segunda economía (*masodikgazdasag*) ascienden a 15% del total y proporcionan 30% de los ingresos.

Según *Forbes* hay abundancia de mercancías. Las calles de Budapest están llenas de gente y los restaurantes se encuentran repletos. En los fines de semana, las carreteras están atascadas de paseantes que se dirigen a sus casas de veraneo. Los pedidos para hacer turismo en el exterior superan la disponibilidad de pasajes. Los precios relativos son muy diferentes a los de los países capitalistas, pues hay servicios gratuitos o muy baratos, subvencionados, y ciertas mercancías (autos y televisores, por ejemplo) muy caras. Empero, la posibilidad de adquirirlas ha gene-

rado una verdadera fiebre consumista. *Forbes* calcula que 25% de los precios está totalmente controlado, 35% tiene tope máximos y mínimos y es libre 40%. El Estado controla la relación de estos precios con los mundiales mediante el manejo de la tasa de cambio.¹³

La agricultura se explota en tierras estatales y en parcelas privadas para autoconsumo; estas últimas proveen un tercio de la producción agrícola comercializable en el mercado. El campesino empleado en una granja del Estado es, a la vez, un trabajador por cuenta propia que recibe del sector socialista alimentos e instrumentos para su explotación privada. Los establecimientos agrícolas estatales incluyen cooperativas artesanales y fábricas donde se industrializan productos agrícolas para absorber mano de obra liberada por la mecanización. La revolución agrícola ha dado a Hungría una productividad elevada, excepcional en los países socialistas. En algunos productos los rendimientos se duplicaron y en otros se triplicaron desde 1965 en adelante. La insurrección de 1956 y la presión de los campesinos originaron en ese momento una vuelta parcial a la propiedad privada, pero más tarde la agricultura fue colectivizada, aunque esta vez sobre bases cooperativas, de modo de distribuir los beneficios entre los agricultores. Al comienzo, como suele suceder en este tipo de transformaciones, la colectivización provocó un descalabro, pero los ajustes posteriores en el tipo de propiedad colectiva y en la operación de las cooperativas, así como el aliento paralelo a la iniciativa privada, estabilizaron la situación. El resultado de esta compleja reforma fue que Hungría, con su pequeño territorio de 93 000 kilómetros cuadrados, se convirtió en el quinto productor mundial de carne y grano per cápita, y que más de 30% de su producción agropecuaria tiene por destino el mercado mundial. En lo que atañe al nivel de vida y las diferencias sociales en el agro, hay campesinos bastante ricos, aunque son relativamente pocos. Algunos poseen dos casas, dos automóviles y pasan sus vacaciones en el extranjero.¹⁴

En la industria, antes de la reforma, el centro planificador proyectaba la producción, mientras que la empresa adoptaba pasivamente las decisiones de la planificación central; los precios tenían muy poco que ver con los costos de producción. Des-

pués de la reforma, los precios tienen en cuenta tanto el mercado como los costos de producción y las prioridades políticas. Las grandes empresas del Estado son conglomerados muy concentrados con respecto al volumen del mercado interno o a la tecnología empleada. Por eso, la consigna es exportar. A raíz de la reforma, una parte de la burocracia administrativa fue suprimida y se cortaron muchos subsidios.

Desde el 1 de enero de 1982 existe permiso para crear en el sector industrial pequeñas empresas privadas independientes, o integradas al sector estatal, que deberán satisfacer diversos servicios y reparaciones. Para evitar que se produzcan fenómenos de concentración de la producción fuera del área estatal, la pequeña empresa privada no tendrá acceso a la tecnología más avanzada. Los particulares pueden arrendar una empresa para explotarla. El arrendador trabajará bajo su responsabilidad y podrá contratar hasta 12 empleados. Asimismo, el empresario fijará los sueldos y las horas de trabajo. Las empresas se arrendarán al mejor postor, después de comprobarse su capacidad para manejarlas. La ganancia es para el arrendatario. Si la empresa quiebra, vuelve a manos del Estado, que puede ofrecerla en nueva subasta. La actividad privada en las fábricas rentadas, aparte de poner en funcionamiento centros productivos, mejorará los servicios y permitirá absorber los ahorros inmovilizados de la sociedad (que se estiman en alrededor de 150 000 millones de forintos), lo que dará la posibilidad de reinyectar el dinero y dar más dinamismo a la economía. En realidad, no se puede decir que se trate de una actividad enteramente nueva, ya que en la actualidad existen unas 100 000 pequeñas empresas agrarias y artesanales. En esta segunda etapa de privatización los campesinos podrán recurrir al crédito para adquirir maquinaria que será de su propiedad; asimismo, los artesanos podrán unirse en cooperativas, cuyas dimensiones pueden llegar a ser las de una empresa mediana (hasta un máximo de cien trabajadores asalariados) y con autorización para importar y exportar.¹⁵

El Estado, en colaboración con corporaciones transnacionales, ha desarrollado grandes industrias competitivas. El caso

11. Véase Malcolm Rutherford, "In praise of moonlighters", en *The Financial Times*, Londres y Francfort, 20 de noviembre de 1981.

12. Véase Charles Vanhecke, *op. cit.*

13. Véase Lawrence Minard, *op. cit.*

14. Véase Charles Vanhecke, *op. cit.*

15. *Ibid.*, y "Nuevo estímulo al 'socialismo empresarial' en 82: Hungría" (de *Der Spiegel*, de Hamburgo), en *Excelsior*, México, 26 de noviembre de 1981.

más conocido es el de Ikarus, que ha llegado a ser el mayor productor de autobuses de Europa. En 1981 produjo 13 000 unidades, 50% de las cuales fue adquirido por la URSS y cerca de 20% por otros países de Europa Oriental; el resto se exporta al mercado mundial por medio de acuerdos de cooperación con empresas occidentales. En Estados Unidos, esos acuerdos se han realizado con la Crown Coach Corp., que instala en California ventanas y asientos; en Suecia tiene convenio con la Scania, que fabrica los *chasis* en las unidades importadas por ese país. Algo similar sucede con la Steger de Austria. Otras empresas de este tipo, además de Ikarus, son Raba (proveedora de Ikarus), que vende partes de motores a transnacionales, y May Day, que fabrica pantalones de mezclilla para Levy Strauss.¹⁶

Las compañías estatales con más de 5% de sus negocios en la exportación deben hacer que sus precios internos concuerden con los que imperan en el mercado mundial. Sin embargo, sin un tipo de cambio estable las relaciones de precios son un tanto arbitrarias. La cuestión de contar con una paridad realista es uno de los grandes problemas que se deben resolver. Según ciertos comentaristas, la experiencia húngara "legítima la empresa privada" en una escala no vista en los países socialistas. Al respecto, un ejecutivo de General Motors afirmó que los húngaros producen con calidad similar a la que puede encontrarse en Occidente.¹⁷

Hungría eliminó su déficit comercial con los países capitalistas en 1980. En 1982 fortalecerá sus nexos con esos países haciendo parcialmente convertible el forinto. La paridad actual para turistas es de un dólar por poco menos de 30 forintos; en el mercado negro la tasa es, a lo sumo, 15% superior. La deuda externa a fines de 1980 era, según estimaciones de la OCDE, de 7 600 millones de dólares, la más elevada per cápita del bloque socialista, lo cual no impide que Hungría sea uno de los países más confiables para los banqueros internacionales. Hungría pidió su incorporación al FMI, lo mismo que Polonia; no serían los primeros casos, pues Rumania

fue admitida en 1972. Hungría aplica alguna de las medidas que recomienda esta institución, como suprimir subsidios, adecuar su estructura de precios al mercado mundial y efectuar inversiones preferentemente destinadas a la exportación.¹⁸

Aunque la reforma económica fue lanzada en 1968, en el decenio de los setenta hubo presiones para volver a la centralización total, con el argumento de que se perjudicaba a los trabajadores y al porvenir del socialismo.

Aparentemente, los argumentos fueron sostenidos por las burocracias administrativa y sindical, pero la reforma se revitalizó en 1978, después de los ajustes provocados por las alteraciones en los precios de los energéticos. Rezso Nyers, ex miembro del Buró Político, fue el autor de la reforma económica. En 1974 perdió una batalla contra los ortodoxos y desapareció de la escena política, retirándose a la investigación. Empero, más tarde reapareció y planteó la necesidad de buscar una salida diferente al pesado socialismo de Estado. Tibor Liska, de la Universidad de Budapest, encabezó la campaña en favor de la reprivatización.¹⁹

Durante la primera fase de la reforma económica (1968-1974) el equivalente del producto interno bruto creció a una tasa promedio anual de 5.7%. Al término de ese período permanecían intactas las instituciones de planificación central y el Estado fijaba los precios. En 1974 la reforma quedó congelada hasta 1978. Sin embargo, la segunda ola de reformas sólo se concretó en 1980, y en 1982, como ya se dijo, se inició una nueva etapa. La filosofía de los responsables de la economía consiste en que la eficacia de la producción socialista sólo puede provenir de forzar a los administradores a competir y colocar los precios en el nivel del mercado mundial.²⁰

Lo lógico sería que la reforma económica culminara en una reforma política. Por ahora, los húngaros parecen contentarse con apreciar las ventajas de su limitado liberalismo. La ideología permanece rígida y sectaria, pero cada vez se da más

cabida a las críticas. Incluso circulan *samizdat* no del todo clandestinos, dado que están indirectamente tolerados. En ellos se piden derechos obreros y parlamento democrático. Aparentemente, el socialismo no está cuestionado.²¹

La reforma económica. Una visión meditada

Los análisis de los estudiosos indican que la reforma económica húngara muchas veces ha sido erróneamente interpretada por la prensa occidental. Desde este punto de vista, el propósito de la reforma no consiste en una reimplantación desordenada de la actividad privada o del reino absoluto de las leyes de mercado. Se trata de construir una sociedad socialista en la que la dirección centralizada de la economía se combine con el funcionamiento *controlado* de los mecanismos de mercado. Los precios y la rentabilidad actuarían aquí, de acuerdo con el plan anual, como reguladores de la producción y del consumo.²²

El centro de la cuestión es que la reforma no deroga el sistema socialista de economía planificada ni la propiedad pública de los medios de producción, sino que busca fortalecer el sistema por medios que hasta el momento han sido poco explorados en profundidad, aunque se pusieron en marcha en la mayoría de los países socialistas, con enormes diferencias de intensidad. Los objetivos de desarrollo y la política económica están subordinados al plan del Estado y aun la reanimación de la propiedad y la iniciativa privadas, en una escala parcial, tienen por objetivo reforzar los propósitos del plan estatal.

Se trata, en suma, de una nueva concepción del desarrollo planificado. Antes, las directivas del plan se aplicaban en forma rígida. En 1957 se adoptaron criterios más pragmáticos, pero con la reforma, once años más tarde, la *gestión económica* no se derivó automáticamente de los índices del plan central, sino de una serie de mecanismos más complejos.

21. Véase Charles Vanhecke, *op. cit.*

22. Véase Tamás Nagy, "Quelques caractéristiques et problèmes du système de prix hongrois", en *Régulation et division internationale du travail. L'expérience hongroise*, Universidad de París, coloquio franco-húngaro organizado por François Renversez y Marie Lavigne, Ed. Economica, París, 1979.

16. Véase Paul Lewis, "Hungarian buses: new export role", en *The New York Times*, Nueva York, 5 de diciembre de 1981. Hay versión española en "Refuerza Hungría el sistema de socialismo orientado al mercado", *Excelsior*, México, 21 de diciembre de 1981.

17. Véase Lawrence Minard, *op. cit.*

18. Véase "Hungary and the IMF", en *The Financial Times*, Londres y Frankfurt, 6 de noviembre de 1981.

19. Véase "Nuevo estímulo...", *op. cit.*

20. Véase Paul Lewis, "Hungary builds...", *op. cit.*

En el sistema anterior, el Estado definía el conjunto de índices del plan conforme a las exigencias políticas; dichos índices se desagregaban mecánicamente, tratando de cumplirlos de cualquier manera, aunque hubiera señales que lo desaconsejaran. Con la reforma, el Estado formula un proyecto de desarrollo, apoyándose en el plan central y en las consultas con las empresas, aunque estas consultas no modifiquen los objetivos generales del plan. Empero, sí dan un registro de los requerimientos del mercado y de la competitividad que pueden servir para ajustar el plan. Durante el plan quinquenal actualmente en curso, estas consultas sirvieron para detectar puntos débiles y modificar algunos aspectos de la gestión económica. Los investigadores señalan que el plan central sigue siendo muy poco flexible, porque la orientación indirecta que pudiera llegar a suplirlo requiere de un sistema monetario muy desarrollado, que Hungría no posee.

En lo que atañe a los productos campesinos, la entrega obligatoria fue sustituida por la venta libre al Estado; además, los predios privados se combinaron con las grandes explotaciones socialistas. En el sector público hay mayor autonomía para las empresas, sin sacrificar el sistema de planificación central. En otras palabras, el actual sistema de dirección de la economía ofrece más campo de acción a la regulación autónoma, que no es absoluta, sino limitada por las prescripciones básicas.²³

La estructura de los precios es tal que éstos tienen, por ejemplo, una desviación hacia arriba en los bienes de capital y una hacia abajo en los salarios, con respecto a los promedios de los países capitalistas industrializados, desnivel que es consecuencia de la carencia relativa de bienes de capital. Se busca obtener alta rentabilidad para la producción de bienes de capital con el objeto de intensificar la inversión en esa área, pero dicha exigencia es un factor más en el encarecimiento de estos productos, sobre todo si se tiene en cuenta que existe un canon sobre el capital. Según algunos investigadores, la baja de los precios industriales requeriría la supresión del canon. Otro problema es que la alta rentabilidad no sólo está destinada a crear un fondo de acumulación y a hacer frente al canon, sino también a repartir benefi-

cios entre los trabajadores.²⁴ Por consiguiente, también la reducción de la rentabilidad repercutiría en los ingresos de los trabajadores, que se componen del salario, las prestaciones sociales y la participación en los beneficios. El impacto sobre ese nivel de ingresos provendría de la reducción del fondo de distribución o de la necesaria sustitución de impuestos al capital por la reducción de gastos sociales o por la creación de otros impuestos que, si no gravan al capital, terminarían gravando al consumo. Indudablemente, la introducción de cierta política de austeridad, que en Hungría implica un crecimiento transitorio de los ingresos menor que el de la producción, podría indicar la presencia de una transferencia de ingresos de este tipo, que en el largo plazo se volcaría beneficiosamente sobre la sociedad al reducir el costo de los bienes de capital e incrementar la productividad media de la economía.

La reforma húngara presenta múltiples complicaciones. Una de las mayores está relacionada con el hecho de que el principal mercado sigue siendo el CAME. Por el volumen de ese comercio, está claro que sin el CAME Hungría no podría haber alcanzado las escalas de producción necesarias para adquirir competitividad en el mercado mundial. Sin embargo, la estructura de precios del CAME es muy diferente de la del mercado mundial, aunque hay una tendencia hacia la convergencia. El CAME está organizado con un sistema de precios contractuales, basados en principio en el mercado mundial, pero que se mantuvieron fijos por períodos quinquenales de 1958 a 1975. La inflación mundial obligó a alterar esa estabilidad concertada y en 1975 se implantaron nuevos mecanismos: desde entonces los precios se fijan por períodos anuales, pero tienen por base el período quinquenal anterior.²⁵

Si se toman en cuenta todas estas dificultades, se podrá comprender la complejidad de llegar a establecer un mecanismo de precios que funcione como regulador entre los precios internos y el mercado mundial. En síntesis, podría afirmarse que si los precios relativos internos se adecuaron al mercado mundial, las variaciones en la rentabilidad serían una medida de los distintos niveles de eficiencia y los

precios servirían de parámetros para tomar decisiones. Claro que, de esa manera, la redistribución interna de los recursos se alinearía en función del mercado mundial, pero —por otra parte— serviría para alentar la penetración de las mercancías húngaras en la economía internacional, meta indispensable para un país que pretende obtener un alto desarrollo tecnológico y cuenta con un mercado interno reducido y un volumen de exportaciones que representa prácticamente la mitad del producto interno. Si de por sí es difícil combinar las pautas del mercado mundial con las del interno, cuando éste se halla sujeto a una planificación previa, la dificultad se acentúa aún más si en el medio se encuentra el CAME, que absorbe la mitad de las exportaciones húngaras y en el cual la repercusión de los precios mundiales es más tardía que en Hungría. A ello debe agregarse que esta tardanza ha sido beneficiosa para Hungría, que pudo aprovechar los precios subsidiados de los energéticos y que casi seguramente logró obtener parte de su rentabilidad en los mercados capitalistas transfiriendo a ellos, dentro del costo de los productos industriales exportados, petróleo soviético subsidiado.

Dentro de esa óptica, la austeridad húngara tiene poco que ver con los planes de estabilidad de los países capitalistas, sobre todo en sus consecuencias a corto plazo. Si la economía húngara se mantuviera con la estructura que tenía al iniciarse 1980, el aumento de la productividad y la especialización podrían desembocar en una menor utilización de la mano de obra. Esa perspectiva será neutralizada por el incremento de la exportación y por el desarrollo de un sector privado capaz de absorber esos posibles y potenciales excedentes de mano de obra. A su vez, dicho sector podría resolver el problema de la escasez de servicios, que encarece indirectamente la producción destinada al mercado mundial.

Nada induce a relacionar la experiencia húngara con un vuelco hacia el capitalismo, aunque no se descarta que el capitalismo recibe un impulso con las reformas actuales. En todo caso, la reforma económica húngara muestra el carácter todavía ambiguo del sistema (en el sentido de un medio camino entre el capitalismo y el socialismo) y expresa el carácter dominante que ejerce sobre el sistema de los precios nacionales la economía mundial capitalista. □

24. Véase Tamás Nagy, *op. cit.*

25. Véase Béla Csikós-Nagy, *op. cit.*, y Márton Tardos, "L'adaptation de la Hongrie a l'évolution du marché mondial", en *Régulation et division. . .*, *op. cit.*

23. Véase Béla Csikós-Nagy, "Le nouveau mécanisme économique hongrois", en *Régulation et division. . .*, *op. cit.*